

Delis Palacios Herrón

Adyero Atym



Investigación y compilación

Delis Palacios Herrón, Natalia Quiceno Toro, Adriana Marcela Villamizar Gelves, Andrea García Becerra, Ana María Henao Buitrago, Isabel González Arango, Camila Salamandra Arriaga.

Fotografía

Federico Ruiz - <http://federicoruiz.com>, Adriana Marcela Villamizar, Natalia Quiceno Toro, César Romero - @cesar.com, Germán Arango “Luckas Perro”.

Corrección de estilo

Miguel Botero

Diseño y diagramación

Alicia Reyes Londoño
Valentina Neira Yopez

Con apoyo

Universidad de Antioquia, Fondo Primer Proyecto CODI Vicerrectoría de Investigación, Vicerrectoría de Extensión (Buppe Innovación Social), Unidad de Innovación, Instituto de Estudios Regionales, Grupo Cultura, Violencia y Territorio, Pontificia Universidad Javeriana, Artesanías Choibá, Artesanías Guayacán, Seglares Claretianas Medio Atrato, Red Departamental de Mujeres Chocoanas, Ruta Pacífica de las Mujeres Chocó, COCOMACIA, Cantadoras de Bojayá, Pastoral Social Diócesis de Quibdó, Fundación Universidad de Antioquia.

iISBN

Impreso: 978-958-5596-11-5

Digital: 978-958-5596-12-2

Impresión

Impregón, <https://impregon.com/>

2019

www.iner.udea.edu.co



Presentación

“ Las mujeres negras han estado siempre presentes en las luchas por la liberación y por la dignidad de los pueblos afrodescendientes en las Américas. Su papel activo en las reivindicaciones afrodiáspóricas se ha reconocido algunas veces, mientras que otras se ha invisibilizado e incluso negado. En Colombia es necesario reconocer los múltiples aportes económicos, políticos y culturales que han hecho y hacen las mujeres negras a la imaginación y construcción de la vida y nuevos mundos. Esfuerzos por reconocer y teorizar estas prácticas son evidentes en los trabajos de Mara Viveros, Juana Camacho, Nina de Friedeman, Aurora Vergara, Betty Ruth Lozano, Paula Balduino, Libia Grueso, Doris Lamus, Charo Mina, Natalia Santiesteban y un creciente número de mujeres negras líderes, parteras, científicas, intelectuales e investigadoras que han expandido estas preguntas en diversas regiones del país y campos de la ciencia.

Estas historias son el resultado del proyecto *Caminos y cantos de lucha: trayectorias de mujeres Atrateñas* desarrollado desde el grupo de investigación Cultura, Violencia y Territorio del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia en alianza con la Universidad Javeriana de Bogotá y varios colectivos de mujeres en el Atrato: Artesanías Choibá, La Red departamental de Mujeres Chocoanas, La Ruta Pacífica de las Mujeres Chocó, Las Seglares Claretianas en la ciudad de Quibdó, y Artesanías Guayacán y el grupo de Cantadoras de alabados en el Municipio de Bojayá. El proyecto fue financiado por el Comité para el desarrollo de la investigación de la Universidad de Antioquia CODI desde el fondo apoyo a primer proyecto.

La propuesta central de este proyecto fue recopilar voces y recorridos de las mujeres Atrateñas para reconocer las formas y oficios desde los cuales se ha resistido a la guerra y otras violencias. En la reconstrucción de las trayectorias de los colectivos de mujeres en el Atrato se hacen evidentes las formas como los procesos de transmisión de saberes ancestrales tienen hoy continuidad más allá de los territorios de procedencia y se actualizan articulados a las luchas cotidianas.

Las Atrateñas crean constantemente nuevos planos temporales y espaciales de resistencia desde el canto, la organización, la defensa del territorio, el cuidado, el trabajo con la familia, el trabajo textil y la cocina. Sus múltiples posiciones para resistir a la guerra, al machismo a la explotación laboral, al sexismo, entre otros modos de opresión, nos interesaron como claves de lectura. Diversos modelos de organización y articulación aparecieron como alternativas para hacer visible el trabajo colectivo y la experiencia de las mujeres en este territorio.

Colectivos de artesanas, comisiones al interior de las organizaciones étnico territoriales, redes, comités y plataformas hacen las veces de arquitecturas para acoger y crear nuevos espacios donde las mujeres imaginan alternativas para la vida en medio de condiciones de precariedad y conflicto armado. Los caminos, ríos y lugares que se configuran en relación con las historias de estas mujeres son muy diversos, sin embargo, todas tienen en común un río, el Atrato.

Las trayectorias y movimientos de estos colectivos hablan de relaciones, pero no solo de relaciones con el espacio que se transita o los caminos que se recorren. Se trata de relaciones y trayectorias que hacen a las mujeres, configuran sus vidas, cuerpos y memorias. A su vez, esas relaciones crean lo que podríamos llamar “redes de cuidado” o redes de lucha. En el Atrato fue constante que una mujer nos llevara a otra, que de las organizaciones de víctimas o defensoras de derechos humanos pasáramos a un grupo de tejedoras y artesanas, a una mujer pescadora o una cantadora. Son redes que crecen a medida que los conflictos, despojos y amenazas en la región también crecen. Fueron muchas las mujeres que podríamos seguir contactando, conociendo y de las cuales podríamos seguir aprendiendo, pero tocaba parar, volver y hacer un zoom sobre algunas de estas historias para escuchar con atención lo que ellas nos enseñan.

En esta serie de cuadernos quisimos acercarnos a las historias de esos colectivos, pero a su vez privilegiar las voces de algunas de sus representantes, comprender cómo esas experiencias subjetivas se articulaban y hacían también los procesos organizativos. Sabemos bien que no todas están aquí retratadas, que faltan muchas historias por contar. Sabemos también que reconstruir las experiencias de las mujeres Atrateñas pasa por reconocer la diversidad étnica, el lugar de las mujeres indígenas y mestizas, sin embargo, este ejercicio constituye un primer acercamiento que evidencia la riqueza de sus trayectorias y lo poco que conocemos a las mujeres en el Atrato. Una motivación para continuar trabajando y, tal vez, seguir esta apuesta con nuevos colectivos, con mujeres jóvenes, mujeres indígenas y mestizas. ”

A la memoria de Marielle Franco por ser semilla de lucha de las mujeres negras en
Latinoamérica.

Cuando estábamos escribiendo estas pequeñas historias sobre las luchas cotidianas de las mujeres negras en el Atrato fue asesinada en un acto de terror y exterminio político la concejala de Río de Janeiro Marielle Franco, una mujer negra, feminista, socióloga de las favelas de Río, luchadora incansable contra el racismo y el orden biopolítico que autoriza el exterminio de la población negra. Ella, que optó con coraje por la vida pública, la política desde la primera fila, se negó a ser cómplice de la intervención militar decretada en la ciudad de Río de Janeiro a comienzos de 2018. Contra una vida militarizada luchó hasta que un arma, de ese gran aparato militar que es el Estado, acabó con la suya. Su legado está en cada mujer negra que sigue luchando por un territorio sin minas, un barrio sin tanquetas, un río sin bloqueos.

Y hoy, 2019, nos seguimos preguntando

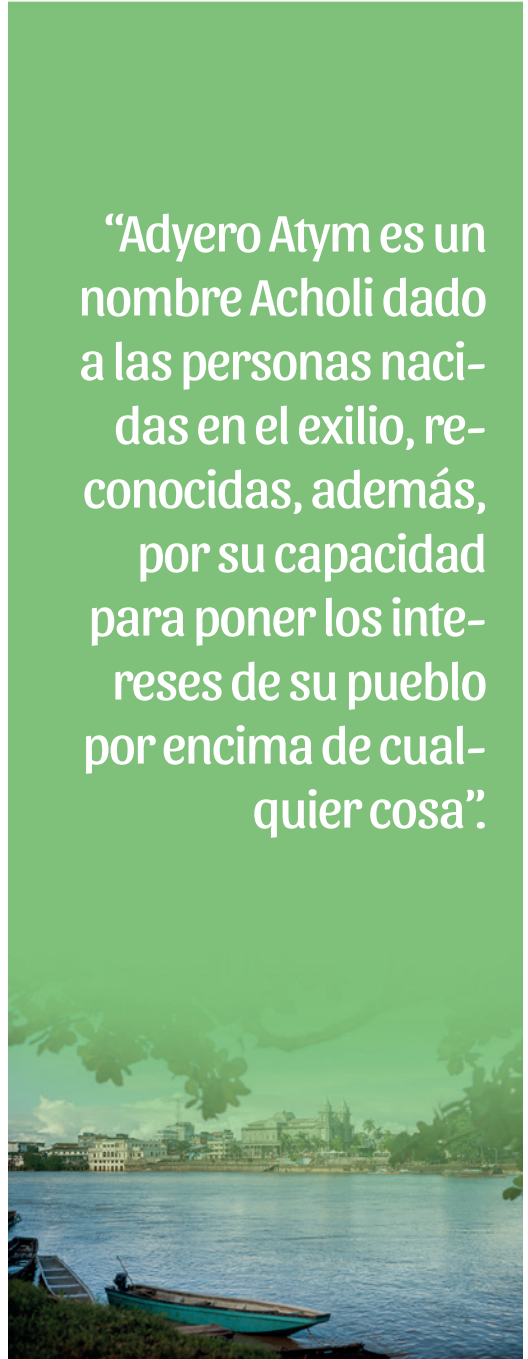
Quem mandou matar Marielle?

Venir de África y volver a ella

Adyero Atym es un nombre Acholi dado a las personas nacidas en el exilio, reconocidas, además, por su capacidad para poner los intereses de su pueblo por encima de cualquier cosa. Delis Palacios Herrón, mujer negra, pogueña, bojayaseña y atrateña, recibió este nombre cuando visitó el norte de Uganda en un intercambio sobre prácticas de memoria. El nombre llegó como anillo al dedo para fortalecer lo que para ella son las reivindicaciones étnicas. Delis es clara cuando reconoce el poder de su nombre, un nombre que habla de otros exilios y que también habla de sus propias raíces. Haber nacido en América y haberse nombrado nuevamente con las palabras del pueblo Acholi reivindica muchos tipos de trayectorias históricas que habitan en la memoria y en los cuerpos del pueblo negro en Colombia. Para ella, los reencuentros con sus raíces tienen varias líneas de sentido, que se enmarcan en los procesos de justicia y reconciliación que conoció en Uganda en el año 2010. Se trata de un reconocimiento en la historia de la reivindicación étnica, que se gesta desde la época de la Constituyente y, sobre todo, desde el interés por conocer la historia de sus ancestros.

Estamos en el Museo Muntu Bantu, dedicado a la historia de las luchas libertarias, las raíces africanas y los ancestros del pueblo negro en el Chocó. Este museo, único en Colombia, fue creado por el profesor Sergio Mosquera y es el lugar que Delis eligió para retratar su lugar como mujer, al igual que sus luchas y sus apuestas. Podría ser también el barrio 2 de Mayo, de Quibdó, que ella ayudó a fundar. O su río Bojayá. O la Iglesia de Bellavista Viejo, donde en mayo de 2002 sobrevivió a la masacre y al abandono durante varias horas sin recibir atención médica.

“Adyero Atym es un nombre Acholi dado a las personas nacidas en el exilio, reconocidas, además, por su capacidad para poner los intereses de su pueblo por encima de cualquier cosa”.



Del Baudó a Bojayá, de Urrao a Bojayá: las raíces de los abuelos

Delis nace el 10 de marzo de 1977 en Pogue, una comunidad del río Bojayá. Su madre dice que “la parió esa tierra” del vientre de Elvia y que llegó a las manos de Estanislada, una partera conocida como Tanucha, que llegó a Pogue con “mamá Floriana”, la abuela de Delis. María Floriana fue una mujer baudoseña que huyó de su río en tiempos de la Violencia, cuando la “chusma” buscaba asesinar a su marido. Al llegar al río Bojayá vivió tiempos difíciles. No era fácil para una mujer desterrada del Baudó llegar a un territorio nuevo y más aún cuando tiempo después se separó de su marido. Delis recuerda de ella la fuerza, la capacidad para trabajar y sacar adelante a la familia, a pesar de las adversidades.

“Mamá Floriana” conoció a Daniel Antonio Herrón Aguirre, un caminante antioqueño que salió desde muy joven de Urrao y que llegó a trabajar a Pogue. De su vida y su familia, sin embargo, nunca se supo nada. De esa unión nació Elvia, la madre de Delis, quien luego se enamoró de Luis Hernán Palacios Asprilla, un esforzado agricultor, que ha cultivado siempre la autonomía, una herencia de la que Delis se siente orgullosa y trata de cuidar con celo.





Delis creció entre las prácticas cotidianas de las mujeres pogueñas. Aun así, su padre siempre sostuvo que su hija no había nacido para cocinar y, por ello, jamás le inculcó la idea de que el trabajo de la mujer estuviera necesariamente en la casa. Al contrario. El sueño de su padre era que ella estudiara “Mi papá tenía la idea y el sueño de que yo debía estudiar, ser una profesional. Entonces me dediqué a estudiar, con todos los problemas de la vida, porque Bojayá no tenía las condiciones para uno terminar de formarse académicamente”. El sueño de estudiar fue el principal motivo para que Delis viajara lejos de su comunidad. Sin embargo, haber seguido ese sueño implicó muchos otros movimientos en su trayectoria.

Delis tuvo una infancia feliz, pero corta. Y los catorce años ya buscaba caminos para seguir la vida y realizar un proyecto propio. Desde muy temprana edad, la autonomía y la independencia que ella ha buscado siempre se pusieron a prueba.

De Pogue a Bellavista, de Bellavista a Quibdó: salir para estudiar

“ Apenas terminé la escuela en 1989, me mandaron a estudiar a Bellavista, donde ya estaba viviendo mi mamá Floriana. De hecho, en Bellavista había solo hasta 9°. Pero en Pogue solo había hasta 5°. Así que para terminar el bachillerato había que viajar a Quibdó. La adolescencia ya no la viví en Bojayá, sino en Quibdó, para poder estudiar. Ahí la vida cambia mucho

”

“Cuando estábamos haciendo 6°, mi hermano y yo perdimos el año. Eso nos salió caro porque mi papá era el hombre más feliz y orgulloso de tener a sus hijos estudiando. Él solo hizo hasta segundo de primaria y nos había generado las condiciones en Bellavista para ir a estudiar. Entonces perder el año fue para él la mayor ofensa. Después de darnos todo, dijo que él plata en el estudio de esos muchachos ya no gastaba”. La mamá de Delis fue quien dijo “Aquí mi hija no se va a quedar pariendo”. Y la mandó para Quibdó a la casa de una señora “a vivir, y uno estudiaba a cambio de trabajar”. Una historia que hoy se sigue repitiendo y que tiene sus raíces en la lógica de servicios forzados de las sociedades esclavistas. Delis cuenta que “ellos dizque le daban a uno todo. Pero uno se dedicaba era a trabajar como un burro. Cosas que ni estaba acostumbrada a hacer en mi propia casa, y después no le daban nada a uno. Cogen a la niña dizque para ayudarle y que ella haga cositas suaves, pero a mí me ponían a planchar hasta la una de la mañana, y uno terminaba el año y no tenía ni ropa para ponerse”. En esa dinámica, Delis estuvo hasta los dieciséis años en la ciudad de Quibdó, añorando su familia y su vida en Bojayá.

Entonces, la autonomía que recordaba de su padre emergió de su memoria y la estimuló a renunciar a esas lógicas injustas de “ayuda”. Así que decidió salir a enfrentar los retos de una ciudad como Quibdó. Con miedo, pero con fuerza. Comenzó trabajando en una casa donde le pagaban veinte mil pesos al mes. Al igual que muchas otras mujeres, Delis se convirtió, además, en un puerto al que llegaban sus familiares. Su mamá empezó a enviar a sus otras hermanas. Y mientras ellas trabajaban en casas de familia para poder estudiar, Elvia y Floriana, desde Bojayá, hacían pan y sacaban viche para poder brindarle el estudio a sus hijas en Quibdó.

De Quibdó a Medellín, de Medellín a Bojayá: de la solidaridad al amor



La gente de un mismo río o de una misma comunidad siempre se busca. Se encuentran y tejen redes de solidaridad, de parentesco y de comercio que avivan las territorialidades de ida y vuelta entre los ríos, las comunidades rurales y las ciudades. En Quibdó, por ejemplo, Delis se encontró con Manuel, un comerciante pogueño. Este encuentro partió de la solidaridad y, más adelante, dio lugar al nacimiento de Yudelis, la única hija de Delis.

“En Quibdó apareció un amigo que me apoyaba mucho. Empezó a comprarme el uniforme, a apoyarme en todo, y después resulté enamorada con ese muchacho. Nos fuimos a vivir a Medellín. Él se llama Manuel Ciriaco Lezcano. Es un pogueño que estaba siempre entre Medellín y Quibdó comerciando borrojó. Él me insistía mucho que volviera a estudiar, pero para mí era raro eso de quedarse durmiendo con un hombre y luego volver al colegio como señorita. O sea, esas vainas... En este tiempo, ya uno no comete ese tipo de cosas. Me daba una pena, una vergüenza?”

Delis, una mujer llena de fuerza y convicción, reconoce que los estereotipos de los lugares socialmente asignados a la mujer marcaron su historia. Y por eso después de quedar en embarazo dejó los estudios.

En tierras atrateñas, la maternidad se vive en colectivo. En el 95, Delis regresó entonces a parir al río Bojayá y a sembrar el ombligo de la recién nacida en tierras pogueñas, así como su madre había sembrado el de ella en una palma de coco, muchos años atrás. “La señora Clemencia es la partera que me recibe la hija. Fueron tres días en trabajo de parto durísimo. Ahí nace Yudelis, una niña súper pequeñita que vive gracias a la partera, porque casi nace muerta”. Dar y cuidar la vida como un acto colectivo en el que no solo inciden las fuerzas de las personas, sino también el poder de las plantas y de los animales que habitan el territorio, es una de las convicciones más fuertes de Delis. Del mismo modo en que ella fue a parir acompañada por las mujeres de su pueblo y sus respectivos saberes, años más tarde, su hija también parió a Thiago, en Bogotá. Cuando Yudelis iba a parir, no pudo viajar a Bojayá. Eso no impidió que le llevaran todo lo necesario para ombligarlo, frotarlo, sobarlo y chumbarlo. Porque, como dice Delis, ella fue “criada con eso del arraigo, el territorio y unos valores en temas como la partera, la ombligada, la frotada y el agua del mal. La protección de las madres es súper importante. Para mí, por ejemplo, era difícil imaginar parir a una hija fuera de mi casa. En el 95, la única forma de garantizarle a mi hija la curada de todos los posibles males al momento de nacer era volviendo a mi pueblo a parir al lado de las mujeres de la familia y de las mujeres mayores de la comunidad”. En la actualidad, por el contrario, las conexiones y las redes de su gente en Bogotá hicieron posible el viaje en el sentido inverso, y se pudieron curar todos los posibles males de su nieto Thiago.



“Dar y cuidar la vida como un acto colectivo en el que no solo inciden las fuerzas de las personas, sino también el poder de las plantas y de los animales que habitan el territorio, es una de las convicciones más fuertes de Delis”

Volver a Bellavista: perseguir el sueño

En ese tiempo “en Pogue, a ninguna mujer que tuviera marido la montaban en un bote sin que su marido diera el permiso”

Con esta frase, Delis describe cómo era la situación a mediados de los noventa. Después de que Yudelis naciera, Manuel emprendió un nuevo viaje y perdieron el contacto por un tiempo. Fue entonces cuando Delis se embarcó para Bellavista con la ayuda de su padre y con el fin de concluir sus estudios “Como mi pareja no estaba, nadie me podía embarcar. Entonces cuadramos un plan con mi papá, y yo le dije ‘Papá, Manuel no va a volver. Yo no le guardo luto a ningún hombre. Mejor me voy a estudiar’. En esas salía un señor en un bote, y le dijimos que la niña estaba enferma. Así me embarqué, con el cuento de la niña enferma. Y me quedé en Bellavista”.

En Bellavista, Delis se reencuentra con Mamá Floriana, uno de los principales referentes de su vida “Con Floriana empecé a amasar pan, a hacer cucas, mistela, vinete... de todo. Aprendí de mis abuelas a hacer todas esas cosas. Nos la jugábamos para conseguir la plata que necesitábamos. Vivíamos las tres. A mi vieja le gustaba pescar, sembraba plátano, arroz, banano, cortaba leña... Ella pescaba más con anzuelo, boyas, galandros... de todo”. En compañía de Floriana, se reafirma el valor de la autonomía: mujeres que circulan por distintos espacios y que sostienen la vida familiar y comunitaria con los oficios cotidianos.

En ese tiempo “en Pogue a ninguna mujer que tuviera marido la montaban en un bote sin que su marido diera el permiso”.





El regreso al colegio por fin se hizo realidad en 1996, y Delis entró a noveno. Todas las noches debía cruzar el río Atrato desde Bellavista a Vigía del fuerte. Ya por esos días se hablaba de los desplazamientos masivos en el Bajo Atrato y de la amenaza de las incursiones paramilitares que venían subiendo progresivamente por el río “Empezó a subir la gente desplazada. Muchísima gente desplazada. Nos empezamos a dar cuenta de los asesinatos en Riosucio, Urabá, Cacarica, Salaquí, Truando, Belén de Bajirá... Que Curvaradó, Jiguanmiandó... Todas esas historias terribles. Era una situación muy dura en esos tiempos. No podemos olvidar que la operación Génesis había sucedido en esa misma zona. En el 97 llegan los paramilitares a esta parte del Atrato, se ubican ahí entre Vigía del Fuerte y Bojayá, y eso fue muy difícil. Esa gente llegó sembrando el terror, una situación de miedo y zozobra que vivimos muy fuerte. Asesinaron a mucha gente y empezaron los bloqueos económicos, alimenticios, la restricción a la movilidad, la restricción a la expresión. Nuestras comunidades de los afluentes sufrieron mucho porque no entraba ni gasolina ni comida. Y quienes estábamos en el Atrato teníamos mucha zozobra. Cuando escuchábamos una panga en la noche, ya sabíamos que era que se llevaban a alguien. Siempre andaban con listas. Había una persecución a los hombres, intimidación a las mujeres”.

“Delis tuvo que abandonar los estudios porque cruzar el río era poner en riesgo su vida. Y así, una práctica cotidiana que relacionaba a la gente de ambos municipios se hizo imposible”.



El tiempo del terror en el Atrato llegó a límites insospechados. En el 97, Delis tuvo que abandonar los estudios porque cruzar el río era poner en riesgo su vida. Y así, una práctica cotidiana que relacionaba a la gente de ambos municipios se hizo imposible “Un día, cruzando el río, regresando del colegio en la noche de Vigía, nos pararon los paramilitares en el retén y empezaron a alumbrarnos las caras. Querían escoger una mujer para quedarse con alguna, como si fuéramos mercancía. Me alumbraron. Yo era la más joven. Veinte años... Ellos alumbraban e iban preguntando ‘¿Usted cómo se llama? ¿Cuántos años tiene?’ Y cuando me tocó a mí, yo dije ‘Ah, fulana, veinte años’. Y me dicen ‘Usted se queda aquí, ¿cuántos hijos tiene?’ ‘Tengo tres’. Esa fue mi reacción. Pensé ‘Dios mío, ¿qué va a pasar conmigo?’ Como siempre he tenido esas habilidades para hablar, respondí que tenía tres hijos y dije no sé cuántas cosas más para que ellos lo consideraran. Y al final, de tanto hablar, como que los aburrí, y nos dejaron ir a todos”.

En ese tiempo, las mujeres vivieron la imposición de nuevos ejércitos, no solo en sus territorios, sino también, en algunos casos, en sus propios cuerpos. Vivir como mujer en un territorio militarizado se convirtió en una amenaza constante. Las violaciones fueron una de las tantas estrategias de intimidación y dominio. En ese sentido, Delis es pesimista sobre la posibilidad de sanar esos daños. Considera que hoy no existen las condiciones mínimas. Ni siquiera para narrar esas historias “Hasta el día de hoy existen situaciones que no van a revelarse. Siguen ese silencio y ese dolor ahí. Y, sobre todo, porque estamos en una sociedad donde a la mujer que es violada y violentada se le estigmatiza. Se le hace responsable de que la violen. Es absurdo”.



Pese a la intimidación y al miedo, su deseo de concluir el bachillerato persistió y Delis hizo de la escuela como líder comunitaria en Bellavista. La compañía y la sabiduría de su Mamá Floriana, sumadas a la dedicación y al valor comunitario inculcados por su padre, florecieron con más fuerza en ese momento de crisis para el pueblo. Es entonces cuando participa en la creación del colegio semipresencial INSA, como una forma de seguir con su idea de estudiar. Fue una oportunidad para la gente rural que se dedicaba a trabajar la tierra y no

tenía la posibilidad de ir a la escuela “En ese tiempo, yo estaba en el comité de educación de una empresa de salud que se llamaba Avancemos. Ahí se nos ocurre que con todo ese problema de la educación se podía empezar un colegio semi presencial en Bellavista y, a través de la empresa solidaria, lo gestionamos, y se crea el INSA. Lo que se hacía era recoger los fines de semana a los estudiantes de diferentes comunidades. Se llevaban a Bellavista, estudiaban todo el fin de semana y luego se la gente regresaba a las comunidades. La empresa daba la gasolina. Con Dionicio Valencia coordinamos ese proceso. Cuando ya se crea oficialmente décimo y once en la Institución Educativa César Conto, el colegio desaparece. Pero después de esa experiencia ya la gente me buscaba. Ya la gente empezaba a verme y a reconocirme. Me contrataba la Alcaldía para apoyar con el Sisbén... También apoyé en jornadas de documentación de la Registraduría... Fue mi reconocimiento como líder. Con esos trabajos empecé a ganar mi platica. Ya no era la muchacha que la mantenía el marido”.

En medio de las balas, literalmente, Delis insistió en sus estudios y se vinculó al programa de educación a distancia de la Universidad Lasallista. Allí empieza a estudiar ética y formación religiosa, hasta que la guerra no dejó más espacio que para defender la vida “Había varias cosas que la gente estaba haciendo. Porque si bien estaba la violencia, la gente no podía dejar de vivir y de hacer. Entonces había algo de colchones. Mi mamá Floriana hacía parte de un grupo ANMUCIC (Asociación Nacional de Mujeres Campesinas, Negras e Indígenas de Colombia). Ellas vendían cacao y hacían colchones. Con algunas de esas mujeres empecé a estudiar. Estudiábamos ética y formación religiosa y también hacíamos trabajos con la Red Departamental de Mujeres.

Con Rosmira Valencia, que es también bojayaseña, empezamos con el tema de la Junta de Acción Comunal en Pueblo Nuevo. Y ahí me metieron”. En un momento, la formación terminó por superar incluso los muros de la escuela. Aprendieron de las luchas de las mujeres de su pueblo, conocieron otras experiencias y comprendieron mejor las demandas de las comunidades rurales que para ese tiempo celebraban la gran victoria del título colectivo de la Asociación Campesina Integral del Atrato (ACIA).



La vida entre el fuego de los armados

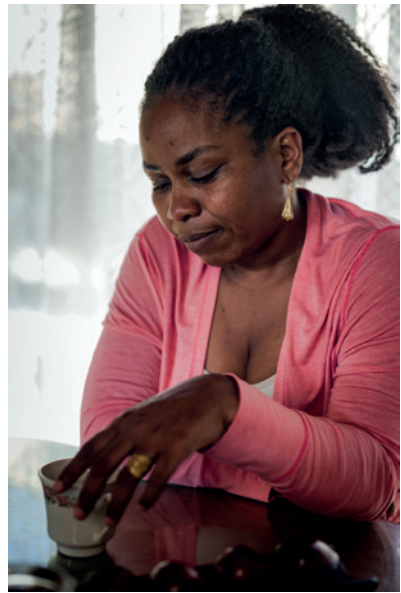
“El año 2000 fue también una época muy difícil para Bojayá y Vigía. Se recrudece el control y la disputa entre los paramilitares y las FARC. Sucede la toma de Bellavista por parte de las FARC. Destruyeron la Caja Agraria. Se llevaron a los policías. Eso fue terrible porque escuchábamos tiros. A la gente correr, gritar... Terrible... Al otro día escuchamos que ese mismo día habían matado a todos los policías de Vigía, y Vigía es nuestro pueblo hermano. A los de Bellavista los liberaron después, pero a los de Vigía los asesinaron”. En ese momento se inician varios desplazamientos. Delis y su familia habían buscado alternativas en Bojayá desde el 97 y contemplan la posibilidad de dejar el territorio porque en medio de la zozobra y el terror no tenían vida “Desde el 96 hasta el 2002, nosotros los bojayaceños no tuvimos vida. No podíamos dormir tranquilos. Mucha gente del Atrato se desplazó en el 97”.

La Masacre de 2002 es el último detonante de esta situación.

“En abril de 2002 habíamos ido a la Loma a un encuentro comunitario. Recuerdo que ese día, estando en la Loma, empezamos a ver que subían y subían muchos hermanos indígenas. Pero muchos... Entonces nos asustamos. Ellos apenas vieron que llegaron nuevamente los paramilitares, arrancaron para sus comunidades. El caso es que salimos al Atrato de nuevo y, claro, estaba eso lleno de gente, y suba y baje pangs de ellos. De los paramilitares.

En esos días mi compañero se había ido con otros vecinos a La Isla. Y llevaban tres días, y nada que regresaban. Era mucha angustia. Todo estaba muy raro. Esa gente ahí... Los indígenas se habían ido. No subían ni bajaban motores. Solo de los paramilitares. Y ya empezamos a decir ‘No, esto se dañó, aquí algo va a pasar’.

Entonces yo me sueño una noche que había una fiesta grandísima en San José, y que esa fiesta estaba tan buena que yo la alcanzaba a ver desde Bellavista. Eso tan lejos y yo dizque viendo los voladores, escuchando la música y el jolgorio. Y en esas estábamos con esa alegría, porque hay que irnos a la fiesta, y veo el bote. Todo el mundo montándose al bote. Todos corriendo pa’ la fiesta de San José. Y voy yo también... Claro, pa’ la fiesta. El bote ya estaba lleno. Y yo, en el sueño, pongo el pie en el bordo del bote para meterme. Y cuando alguien me dio la mano para entrar, ahí desperté. Que sueño tan raro. Pero ¡qué música tan sabrosa! ¡Qué cosa tan buena esa fiesta! Y voy y le cuento a la vieja Rufina ‘Ay, hija, ese es mal sueño, me dijo ella’. Me voy a donde la vieja Carmen y ella dice ‘Ay, hija, mal sueño ese’. De ahí salgo a donde Tita, mi familiar, y le cuento el sueño que tuve diciéndole, además, que estaba muy preocupada porque Manuel no aparecía. Y ella me dijo ‘Ay, prima... no... algo le pasó a Manuel’. Ese sueño es muy malo. Algo va a pasar”. Esas mujeres me asustaron más.



Resulta que por esos días había aparecido una cadena de oración en las casas, donde decía que usted tenía que repartírselas a no sé cuántas personas más y que si no lo hacía, algo terrible le pasaba. Entonces, cuando eso me llega, me siento en la obligación de replicarla y hacer lo que tuviera que hacer. El caso es que como la tuve que escribir tantas veces a mano, me la aprendí. Recuerdo que por esos días mi hija había cumplido siete años. El 29 de abril. Y en la noche del 30, amanecer del 1º de mayo, le digo a una amiga, de nombre Ana Eneida, que me acompañe a repartir las cartas, porque tenía que ser cuando nadie se diera cuenta y que todos estuvieran dormidos. La última carta la metimos donde una muchacha que le decían María. No creo que ellos la hayan leído, porque el 1º ya amanecemos con los enfrentamientos.

El 1º de mayo, como a las cinco de la mañana, comienzan los tiros. Y nada de Manuel... Yo estaba en mi casa en un segundo piso durmiendo con mi hija. Y comienza esa cosa. Era como candela. Nosotros no estábamos acostumbrados a eso. Como una candela que pasa así fugaz. Entonces yo veo y digo 'Aquí en el segundo piso me van a matar'. Y me voy para donde una tía mía: Ana Beatriz. Allá me metí debajo de un colchón y de ahí no salía. Entonces Babucho, el esposo de mi tía, empezó a decir que la gente tenía hambre, que qué íbamos a hacer. Y como yo en mi casa tenía muchas gallinas, huevos... entonces le dije 'Vaya a la trinchá'. Él fue y trajo lo que pudo. Peló las gallinas, hizo sancocho... Yo no pude ni comer. Él era tratando de distraernos, de tranquilizarnos... Pero yo no quería salir de debajo de ese colchón. Y cada vez los combates se ajustaban más. Empezaron a impactar las paredes de las casas donde estábamos. Fue terrible. Las balas de un lado al otro del Atrato. Porque inicialmente las FARC estaban del lado de Vigía y de acá estaban los paramilitares. Pero el día avanzó. Ya caía la tarde, y los paramilitares comienzan a avanzar hacia la parte de arriba del pueblo. Y empiezan a decir que los otros también estaban avanzando... Y las FARC se cruzan a Bellavista y empiezan a avanzar también. Llegan a Pueblo Nuevo y entonces los paras empiezan a avanzar hacia delante.

Yo desde la casa de mi tía, metida debajo de un colchón, por una rendija de la casa de madera, empecé a mirar quién pasaba. Porque se empezó a escuchar que la gente pasaba. Yo no entendía por qué la gente subía. Claro... Los paramilitares avanzaban, las FARC avanzaban, y la gente se iba saliendo de las casas. En algún momento yo me levanté a orinar en la cocina de la casa y me encuentro con dos hombres heridos. Y yo dije ‘¡No, aquí nos van a matar! ¡Nos van a matar!’ . Eran como tres paramilitares: uno ahí herido, como parte en el agua y parte en la cocina, y otros dos ayudándolo. ¡Dios mío! Yo me meto otra vez debajo del colchón, y siguen los impactos.

En algún momento veo por la rendija hacia fuera y veo que va pasando Leyner con la mujer y la bebé. Con Ana Luisa... Yo me dije: Leyner debe de ir para donde las Hermanas Agustinas, porque él era el motorista de ellas. Cuando en algún momento, esos señores dicen ‘¡Están avanzando!, ¡están avanzando!, ¡corran!, ¡corran!’ . Yo con lo que había visto en la cocina ya no quería estar ahí. ‘Babucho, ¡vámonos de aquí!’ , les dije. Nosotros salimos, intentamos pasar, pero el río estaba muy anegado. Y para usted pasar y protegerse de las balas tocaba irse por detrás. Entonces yo veo que la gente empieza a cruzar el caño porque al barrio Pueblo Nuevo y al resto de Bellavista los separaba un caño. Pero pasar por el puente implicaba arriesgarse a que me impactara una bala. Yo sentía que nos disparaban a nosotros. En ese momento yo corría con mi hija y la protección. Yo pensaba que nos disparaban a nosotros. Se sentían las balas, caían al agua. Una cosa terrible...

Yo veo a Babucho que se cruza el caño. Pero el río estaba muy grande, y corrientoso el caño. Nadó... Mucha gente nadaba por ahí y corrían al otro sector de Bellavista a la iglesia y a la casa de las hermanas. Yo no fui capaz ni de cruzar el puente... Por el miedo a las balas. Ni el caño... Porque si cruzaba nadando con una niña de siete años en los brazos, nos ahogábamos. Entonces me refugié detrás de la tribuna de la cancha, que era de madera. Y había unos árboles... Hasta que en algún momento una de esas ráfagas parte uno de los árboles donde estábamos. Luego otra ráfaga parte una botella y me cae un vidrio de la botella que me corta. Mi hija está viendo todo eso, y yo digo ‘¡No! ¡Nos van a matar!’ Entonces vinimos a escondernos en la fortaleza de cemento que tenía el puente. Me resguardé. Quedamos con el cuerpo en el agua y la cabeza afuera, resguardadas en la estructura del puente. Iba a llegar la noche y ya no pasaba nadie. Yo quedo ahí con mi hija, porque todos se habían cruzado.

“Yo pensaba
que nos
disparaban a
nosotros. Se
sentían las
balas, caían al
agua”.



En eso estoy ahí, cuando me habla alguien ‘Cuñada, ¿usted qué hace ahí?’ Era Moisés. Él me dijo ‘No... nos vamos. No la puedo dejar aquí’. Me obligó a salir del agua y a cruzar el puente. En mi vida no creo que haya un momento más difícil que ese. La angustia que sentía... Las balas seguían y yo miraba hacia delante y lo que había eran armas y hombres. Y me parecía que era una eternidad cruzar el puente. Moisés tenía esa fuerza para pasar en medio de las balas, arriesgando que nos mataran. Pero ahí no me iba a dejar. Cuando nos acercamos al otro lado, comenzaron a acosarnos los paramilitares para que avanzáramos. Y ahí sí arrancamos a correr...

Yo voy corriendo y pensando en la casa de las hermanas, buscando un sitio seco. Y cuando paso la cancha cerca al centro de Salud, ahí al frente de la iglesia, me caigo. Cuando me estoy parando con las niñas, porque también llevaba a una de las niñas de Aristarco con Julianita, alguien abre la puerta de la iglesia y me grita ‘¡Delis!’ Cuando miro, era Babucho. No sé qué se hizo Moises. No sé qué pasó con él después del cruce del puente. Se me perdió. Yo no iba para la Iglesia, pero Babucho me abrió la puerta y me llamó. Yo entro entonces en la Iglesia, y eso está llenecito de gente. Mucha gente...

Yo entro a la Iglesia y busco a mi Familia. Yo soy muy pegada a mi familia. Y sigo hasta el fondo hasta que encuentro a Mochito con toda su familia. Ya no encuentro a Leyner, sino a mi tío Mocho y a esa hijiza que tenía. Y mis primas todas tenían hijos. Había una con cinco niñas y estaba en embarazo de dos, que ya casi los iba a tener. Había otra que tenía un par de mellos pequeños y otras niñas más grandes. Era una familia grandísima. La que no tenía nada era yo, que apenas tenía una hija. Había otra que se llama como mi mamá, Elvia, que tenía dos. Ella había parido hacía como tres meses apenas. Mi primo, el mayor, Verano, que tenía un hijo. El caso es que me ubico en esa parte, porque ahí estaba mi familia.





Pero también me encuentro con un amigo que se llama Manuel. Él está vivo. Manuel era el secretario general de la alcaldía y estaba en un sitio ahí sentado. Como yo voy mojada, él me ofrece una cobija para abrigarme y quedarme ahí. En esas, hay una señora, Fanny se llama, que tiene un bolsito y veo que ella me ofrece una blusita. Claro... Yo ni me daba cuenta de cómo estaba. Con la angustia que tenía... Cuando la señora me da la blusa, yo miro a mi hija y la veo mojadita. Temblando. Entonces le quito la ropa a Yudelis y le pongo esa blusita. Cuando la señora ve que yo hago eso, abre su bolso nuevamente y me da otra blusa. Entonces yo me pongo la blusa de la señora y ella saca un chicle y me lo pasa. Yo me quito la pijama y me pongo eso. El amigo me ofrece la cobija y nos juntamos todos ahí con la cobija. Mi prima hermana que tenía los mellos estaba al lado.

La situación en la iglesia era tan tensa... El hambre... La gente no había comido. Empezaron a ir a buscar comida... Que a otras tiendas, que panes, que chocolisto... Pero nada de lo que traían alcanzaba, porque éramos muchos. Creo que había por lo menos 300 personas. Recuerdo que en algún momento alguien trajo líquido y unos pedacitos de pan. Entonces priorizábamos a los niños... Ahí pasamos la noche. Fue una noche terrible. Uno escuchaba tiros. En algún momento cesaba la cosa. Luego de nuevo se escuchaban. Se escucharon pipetas... Porque las pipetas fueron varias. ¡Pum! Una cosa que estremece la tierra. No era posible dormir... Luego amaneció. Mi familia y todos, alrededor en la parte de atrás de la Iglesia”.

“Se escucharon pipetas... Porque las pipetas fueron varias. ¡Pum! Una cosa que estremece la tierra. No era posible dormir...”

La eternidad de un instante: la masacre y el horror

“En la mañana, no sé si me levanté a orinar, porque yo no tenía ánimos de levantarme ni de nada. En ese momento que me levanté, cuando el compañero Manuel, el de la Alcaldía, me dice: ‘Delis, ¡vámonos!’”. Yo ni era capaz de caminar. Me asomo por la ventana y veo que hay paramilitares alrededor de la iglesia. Él se fue y me dejó la cobija. Cuando, de pronto... Un silbido. Una cosa impresionante. Es una cosa como si uno cierra los ojos y vuelve y los abre. O sea... La vida te cambia en un segundo, y uno no sabe qué es lo que pasa. No entendía nada. Mi cuerpo ya era otra cosa. De repente, mi cuerpo no respondía. Eso fue un instante...

Pero pasó una cosa curiosa. Yo no sabía qué era lo que había pasado, pero empecé a sentir una cosa en mi cabeza que relataba. Era como una máquina relatando la oración de esos días. Y tan, tan, tan... La repetía, la repetía, la repetía, la relataba... Yo me sentía como que estaba en un sueño. Que me estiraban. Que el calor, el polvo, el olor... Era una cosa terrible. Empecé a escuchar muchos gritos. Mucha cosa. Y abrí los ojos... O sea... Yo no sabía qué pasaba. Sinceramente. Pero sabía que no era nada bueno. Empecé a escuchar la voz de Otavianito que gritaba... Yo abrí los ojos, intenté pararme y no podía. Yo miraba que él gritaba ‘¡Me acabaron mi familia!’ Yo no lo podía ver bien por el polvo. Porque había una especie de polvo. De humo. No sé... No escuchaba bien, pero sí sentía esa confusión, esos gritos, esa cosa... Miré hacia arriba y

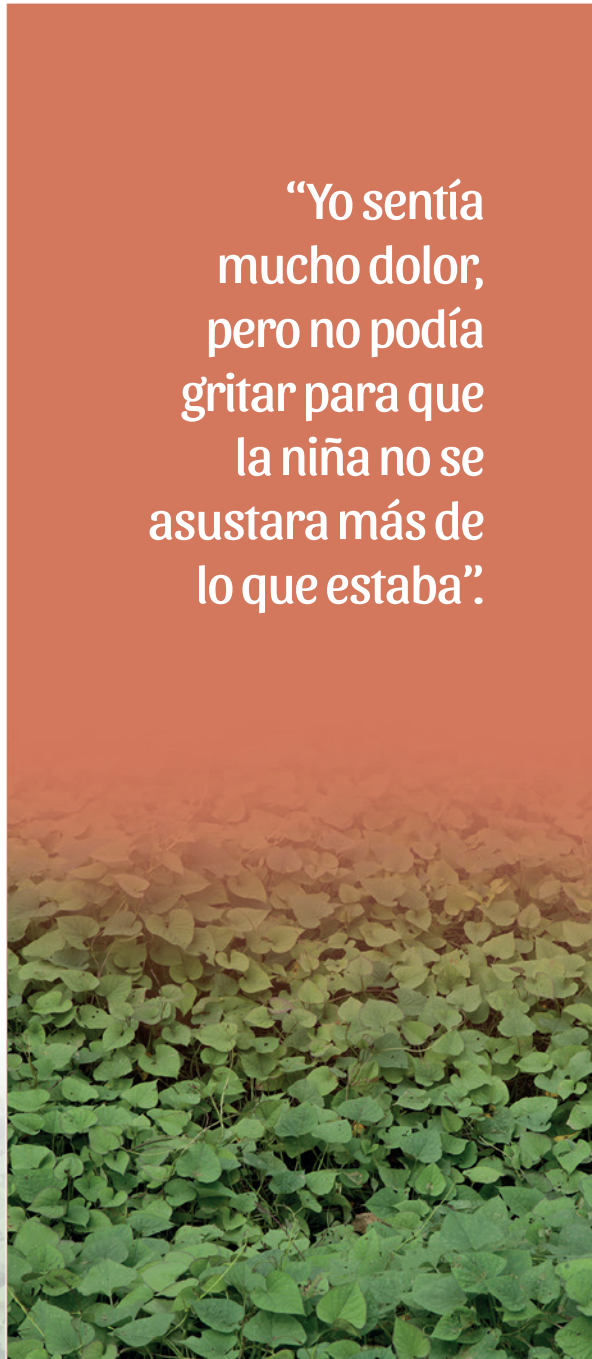
miraba la claridad del cielo. No había techo. Escombros encima... Traté de moverme y no pude, porque tenía toda la pared encima. No sabía de la niña. ¡Y escuchar los gritos de la gente! No supe de mi prima Fiestera... ¡Pero si estaba al lado! ¡Si estábamos hablando! A mí me parecía que yo estaba bocabajo y conversando con ella. Y luego cuando reacciono, estoy bocarriba. ¿Y mi hija? ¡Si estaba a mi lado! ¿Por qué no estaba? No podía moverme. Solo movía mi cabeza. Y una mano...

De repente empecé a escuchar como un grito, un llanto. Me di cuenta que era mi hija. Empecé a tirar escombros con la mano que me respondía. Yo metía la mano y tiraba cosas. Cuando en un momento, tiro un bloque y siento sangre, una bocanada de sangre. ¡Era mi hija! Le digo: ¡levántate!, mami, ¡levántate! Ella se levanta y yo me la monto en el pecho. Y grita esa pelada... Yo no sé ella que veía porque era una cosa terrible. Ella decía nombres de gente que conocía. Yo la calmaba, la sentía con esas ganas de correr. Yo no sabía cuánto tiempo tenía. Lo que pensaba era que me iba a morir, porque mi cuerpo no me respondía. Pensaba: ¿qué va a pasar con esa niña? Eso fue una angustia muy grande. No sabía qué hacer. Ni cuánto tiempo me quedaba, y si el tiempo que me quedaba, me iba a permitir dejar a mi hija en algún sitio seguro.

Nosotros antes habíamos hecho muchas reuniones. En una de esas sacamos una comisión para reunirse con los paramilitares y decirles que se fueran. Yo era parte de esa comisión. Incluso nos habíamos reunido con unos comandantes en la Iglesia antes de empezar todo eso. Y ellos habían dicho que no se iban. Esa gente dijo cuánta barbaridad... Y el 1° nosotros ya sabíamos que a uno de esos tipos con los que nos habíamos reunido, para exigirle que se fueran del pueblo, lo habían asesinado cruzando el río hacia Vigía. Ese fue uno de los primeros muertos que hubo. También había algunos heridos en el centro de salud. Por eso yo no quería ir al centro de salud. Porque sabía que allá había heridos de los paramilitares.

Mareña, mi amiga, me sacó de la Iglesia con mi hija. Cuando me lleva hacia la casa cural, recuerdo a una de mis primas ahí tirada. Y empiezo a mirarla... Ella salió primero que yo de la iglesia. Ella alcanzó a salir con uno de sus bebés y murió ahí con su bebé encima. Pero entre la Iglesia y la casa cural, yo ya sentía que el cuerpo empezaba a responderme un poco. Macaria estaba en esa esquina... Encontré también a otro niño: Yumer. Bocabajo... Otra pelada herida, Mayerlyn se llama... Luego me encuentro con Tita. Ahí en la casa cural. Mi prima con algunas heridas, pero con una angustia, un desespero... porque creía que sus hijos estaban muertos... Gritaba destrozada de dolor por las heridas pero también porque no sabía nada de sus hijos. Yo sentía mucho dolor, pero no podía gritar para que la niña no se asustara más de lo que estaba. Tenía que protegerla. Y yo decía ‘Si yo me enloquezco aquí con lo que está pasando, esta niña se me va a perder’. Porque la niña gritaba mucho. Entonces yo a toda hora era hablándole a mi hija para tranquilizarla. Y yo no sé mi hija qué veía. Pero era algo espantoso, porque no quería estar ahí. Ella gritaba ‘¡Vámonos, mami!, ¡vámonos!’ El caso es que me encontré con otra gente herida. Estaba la vieja Orfelina, la mamá de Yeya. Estaba el viejo Heriberto, que murió años después. Todos ellos heridos...”

“Yo sentía mucho dolor, pero no podía gritar para que la niña no se asustara más de lo que estaba”.



Sobrevivientes

“En algún momento sale el padre Antun ‘¡Qué viene otra pipeta!’. La gente corría por encima de nosotros. Iba saliendo gente. Todo el mundo enloquecido. Desaparecieron todos los que podían caminar y quedamos solos los heridos. El caso es que... Esta es la parte terrible que uno no quiere ni recordar del 2 de mayo... En la iglesia cayó una sola pipeta que fue la que hizo todos los estragos. Pero igual los combates siguieron... ¡Pasaron tantas cosas ese día!

Había unas niñas: la Mami y Cholíta, que fueron a buscar a Tita. Pero no pudieron porque ella era muy grande. Esas dos niñas tan jovencitas no la podían cargar. Entonces las niñas decían ‘¡Denos a Yude!, ¡denos a Yude!’. Pero yo ya había visto correr a todo el mundo y no confiaba en darle mi hija a nadie. No se la quise dar a las peladas. Yo les decía ‘Dígale a Leyner que venga’. Pero nadie volvía por nosotros... Apareció Minelia... Yo sabía lo que está pasando en la Iglesia. Pero desconocía lo que estaba pasando con nuestra gente afuera. Lo cierto es que en la iglesia quedamos los que no podíamos caminar. Y los muertos... De repente aparece Minelia. Yo pienso que ella fue como ese ángel que tuvimos los que estábamos ahí totalmente desprotegidos, desangrándonos. Y empezó a hablar ella. Y caminaba y hablaba. Y nos lavaba... Traía cosas...

Después recuerdo que apareció Marcelo, el médico, y me dice ‘Niña, usted se está desangrando’. Yo sí recuerdo que ya me estaba empezando a marear y dije ‘No puedo dejar esta niña aquí, esta niña se me va a perder’. Entonces Marcelo le dice a Minelia que le busque un trapo, y ella regresa con una cobija. Marcelo saca un pedazo y me hace un torniquete en una herida que tenía en el brazo, que parecía como una llave abierta botando sangre. Me amarró fuerte y me miró la mano. Una cosa terrible, desastillada... Mi rodilla también... Me hizo ahí otro torniquete. Luego desapareció, pero se quedó Minelia. Buscó sal, agua... Empezó a sobarnos a los heridos, a echamos agua, a echamos sal, a lavarnos...



“Yo pensaba que la gente estaba ahí. Tenía que buscar ayuda para que nos atendieran a los heridos. Y yo escuchando cómo se muere la gente. Los quejidos, los gritos, los auxilios...”



Aparece de pronto Mirna. Tampoco supe de donde salió. Pero yo dije ‘Le tengo que dar mi hija a alguien. Porque nadie más aparece, nadie más volvió, y yo me voy a morir’. Entonces le digo a Mirna que le entregue la niña a Leyner. O que si aparecía Manuel, el papá, que se la diera a él. O si no, que se la hiciera llegar a mi mamá a Quibdó, que hacía poco había subido a Quibdó a atender el parto de una sobrina, Pencha... Mirna se lleva entonces a mi hija. En algún momento yo me empiezo a angustiar por haber entregado a mi hija y decido arrastrarme y salir de la iglesia. Trato de ir a la casa de las Hermanas Agustinas. Yo pensaba que la gente estaba ahí. Tenía que buscar ayuda para que nos atendieran a los heridos. Y yo escuchando cómo se muere la gente. Los quejidos, los gritos, los auxilios... Yo me arrastro. Salgo a ver quién nos ayuda y me encuentro con paramilitares...

Llego a la casa de las Hermanas y nadie atendía. Solo escuchaba quejidos allá adentro. Miro por la rendija y veo a un muchacho allá tirado en el piso. Era Argenio, el hijo de Aurelia. Yo me devuelvo y el caso es que cuando paso por el frente de la escuela, todavía siguen disparando. Yo me quito la blusa. Era una blusa gris y pensé que me podían confundir con un paramilitar con esa blusa gris. No sé ni cómo llegué. Recuerdo que no veía a nadie del pueblo... Cuando alguien me habla... Era un cura: el padre Antonio. Yo iba prácticamente desnuda. El señor me agarró y me montó a una casa. Y en esa casa había otros heridos. Y las Hermanas Agustinas me dan una pastilla. Sin agua, porque no me podían dar agua, ellas estaban atendiendo heridos en esa casa. Yo preguntaba por mi hija y nadie me daba razón, preguntaba por mi tío Mochito y nadie me daba razón. En eso organizan un bote y nos dicen que nos van a llevar a Vigía, y yo digo que no porque no sé dónde está mi hija. A mí me montaron al bote obligada, y seguíamos sintiendo las balas. Todo el tiempo yo sentía como si me estuvieran disparando.

Y llegamos a Vigía. Recuerdo cuando me suben al centro de salud... Herida... Ahí comienzo a ver a la gente nuestra. Eso lleno de gente. Empiezo yo a mandar a buscar a Leyner. ¡De por Dios! A Leyner para yo saber de mi hija. Porque la había mandado para que se la entregaran a él. Pero no aparecía Leyner, y nadie me daba razón de mi hija. No aparecía Manuel... ¡Eso fue terrible! Yo tenía unas hermanas en Vigía. Unas hijas de mi papá con otra señora que vivían en Vigía. Ellas estaban en la puerta del centro de salud llorando y no las dejaban entrar. Esa noche en el hospital, no había cómo durmiera la gente, no había cómo atenderlos. A mí me empezaron a hacer suturas. A cerrarme las heridas sin anestesia y sin nada. Pero al otro día, el 3 de mayo... ¡Y no aparecía Leyner! Apareció fue Alipio, uno de los hijos de mi tío, y yo le decía '¡Busque a la familia!'. Yo sabía que unos estaban muertos. Pero somos muchos, alguien tiene que estar vivo. ¿Dónde están? yo no podía entender, ni puedo entender hoy cómo se acaba con tanta gente de esa manera. Ellos habían intentado varias veces a cruzar para ver quién estaba vivo.

Por fin, el 4 de mayo, entran un helicóptero y una ambulancia de la fuerza aérea desde Medellín. ¡Llega el papá de mi hija! Y él había conseguido a la hija. Resulta que la niña Mima la había dejado en un andén en la bodega comunitaria. Dicen que cuando va cruzando Leyner para Vigía, Ana Luisa vio a la niña '¡Papá, Yude! Papá, Yude'. Y ahí arrimaron. La recogieron y se la llevaron. Yo no he podido nunca hablar con Mima. A veces siento la gana de hablar con ella, que me explique qué pasó. Porque yo no puedo entender eso. Eso me ha dolido. Todo este tiempo me lo he preguntado. Porque mi hija pudo haberse perdido. Yo también me preguntaba por qué Leyner no me había ido a buscar. Claro... Uno entiende la angustia de todos. Era una cuestión de sobrevivencia de todos. Cada quien buscando cómo protegerse. Pero yo no entendía eso. En ese momento era muy doloroso. Sentirse uno solo. Sentir el abandono histórico del Estado... Podrían haberle brindado atención a la gente que lo necesitaba en vez de dejarla morir en las condiciones que la dejaron morir. Sobre todo, pudriéndose sobre la tierra.

“Esa noche en el hospital, no había cómo durmiera la gente, no había cómo atenderlos. A mí me empezaron a hacer suturas. A cerrarme las heridas sin anestesia y sin nada”.



En el hospital, cuando ya Manuel llega, me dice que no me preocupe: que la niña está bien. Nosotros vivíamos cómodos. Teníamos nuestra casa. Una sola hija. Yo tenía alhajas, hacía bingos, rifas, criaba mis animales en la trinchera. Cuando salí de la casa, yo llevaba lo que tenía puesto. Jamás pensé que no volvería a mi casa.

Desde el 2 o el 3 yo ya no aguantaba el olor. Todo lo que me salía de los oídos, de la vagina, de todo lado... Era una vaina tremenda. Ya el 4, cuando la mamá de mis hermanas entra a bañarme, yo no aguantaba el olor de mi cuerpo. Es que tenía piel, sangre... No solamente la mía, sino la de otros, y se me pudrió todo encima. La señora, mi madrastra Esther, entró, me bañó, empezó a sacarme cosas de la cabeza... El papá de mi hija intentó varias veces cruzar a ver qué rescataba de la casa y logró solo sacar la cédula. Es que eso es lo que a uno más le duele. Los combates no cesaban...

Ese personal médico que llegó el 4 de Medellín hizo valoraciones para priorizar cuáles eran los más graves. Yo hablaba mucho. Yo hablo mucho. Y en ese momento hablaba todo el tiempo averiguando por mi familia. Porque mi familia no aparecía. No aparecía Leyner, no aparecía mi tío Mochito... Solo mi primo Alipio que decía que no aparecían y me decía que en la iglesia la sangre era impresionante. Entonces yo lloraba y hablaba. Ellos hicieron entonces la valoración, sacaron la lista de los priorizados, y yo no estaba en esa lista. Hasta que apareció nuevamente Marcelo, el médico de Bellavista, y les dijo 'Esta muchacha es de las más graves, si no se mueven rápido, se les va a morir ahí hablando'.

El sábado 4 de mayo me llevaron a Medellín a la clínica La María. Me dejaron en una camilla horas... Y ese dolor... Uno no entiende. Luego me explican que ese hospital no tenía capacidad para el tipo de heridas que yo tenía. Entonces me recibieron en el San Vicente y el frío que yo sentía no me lo quitaba ninguna cobija. El dolor, la angustia... Mi familia de Medellín y Quibdó no me encontraba ni en la lista de los heridos, ni en la lista de los muertos, ni en La María, porque me habían registrado como Denis Palacios Rendón. El caso es que el mismo sábado me metieron a cirugía. Con mi prima María Rosa 'Tita' nos habían llevado en el mismo helicóptero, nos separaron en el aeropuerto y luego nos volvimos a encontrar en el San Vicente.

Cuando me meten a cirugía, lo primero que tienen que hacer es un lavado. Quitarme el vendaje que tenía desde Vigía. Cuando abrieron eso, mi piel estaba podrida. Yo no soportaba el olor. La piel se caía sola. En mi brazo, en mi rodilla, en mis oídos... Me tuvieron que anestesiarse para hacer el lavado. La siguiente tarea fue deshacer lo que ya me habían hecho en Vigía. El dolor no paraba, mi familia no aparecía, el tío Mochito con sus hijos y nietos. Sin recuperarme de esos dolores el domingo 5 de mayo me dicen que Tita mi familiar, con quien habíamos entrado juntas a cirugía, no había resistido y falleció. Mi familia se acababa".





Curar las heridas: tarea cotidiana que sigue hasta hoy

Delis duró cinco meses en la ciudad de Medellín, perdió la cuenta de las cirugías que le hicieron, y el dolor se volvió parte de su cuerpo y del día a día. Ha sido difícil recuperarse de las heridas físicas, pero, todavía más, sanar las emocionales. Esas que incluso hoy, 17 años después, aparecen de repente sin saber que ahí estaban latentes, esperando el momento indicado para dar señales y pedir acciones que ayuden en su recuperación.

“Cinco meses después vengo a Quibdó. Precisamente, aún no podía caminar bien... Las heridas de las cirugías sin cicatrizar... Pero decido venir al Chocó, sin estar todavía bien, para ver a la niña y a mi familia. Fue una cosa muy dura... O sea, yo era como un ratón de laboratorio. Todo el mundo me quería ver. Todo el mundo me visitaba. Yo era toda rodeada de gente. Todo el mundo quería ver cómo había quedado.

Sobrevivir a una masacre como esa... En ese lugar donde estaba... El impacto por la pérdida de María Rosa, Tita, mi prima, que había muerto en Medellín en el hospital. A la gente le parecía... Era sí... Increíble que estuviera viva. Y todo el mundo quería preguntarme cosas... Saber... Lloraban... Muchas familias... O sea, hubo muchas familias que me visitaban, y era muy doloroso, muy doloroso, porque lloraban y querían que sus familiares hubieran quedado por lo menos así... Como quedé yo... Y no sé... Para mí era súper duro. Volver, ver a mi gente y enfrentarme a lo que había sucedido. Porque cinco meses después, yo no tenía claro los muertos exactamente quiénes eran. Cinco, seis y diez años después, seguimos tratando de entender la lista de quiénes fueron los muertos”.

La intersección de múltiples violencias y desigualdades históricas se puso en evidencia con su regreso a la ciudad de Quibdó, donde sus familiares se habían instalado en condición de desplazados después de la masacre. Ante la vulnerabilidad de su cuerpo en proceso de recuperación, no le fue posible quedarse en Quibdó. Pues tanto el clima como las condiciones materiales eran serios inconvenientes para la recuperación de las lesiones. “La casa de mis padres era un ranchito de barro en una urbanización donde vivía mi hermano Eulogio, que estudiaba en la universidad. Y de barro, con plástico... O sea, las condiciones higiénicas y de salud no eran las adecuadas. Lo único que había de acceso al agua en la casa era una tina muy grande. Pero el resto, para vivir, era muy difícil. Entonces yo me brotaba, me ponía, me hinchaba más de lo normal y me picaba todo, a pesar de los cuidados. Porque a mí me hervían el agua... Mi familia tenía muchos cuidados, eran exagerados en los cuidados. Sin embargo, no podía parar en Quibdó más de tres días, porque ahí mismo había que llevarme otra vez a Medellín súper hinchada, súper mal... Porque no era solamente la mano. Era la rodilla, era la cadera, la pierna, los oídos”.

El regreso entonces fue paulatino hasta que el cuerpo se fue fortaleciendo y fueron sanando las heridas. Delis iba y venía constantemente o, como ella dice, fueron “diez años de mi vida viajando Quibdó-Medellín y Medellín-Quibdó”. Sin embargo, esos caminos de ida y vuelta empezaban a tomar nuevos sentidos. El hecho de recuperarse de las lesiones en su cuerpo le permitió retomar fuerzas para sumarse a las luchas y demandas que empezaba a realizar su pueblo bojayaseño frente al Estado. Así recuerda Delis su regreso a Quibdó:

- “ Algunas personas habían regresado a Bojayá. Otros no pudieron hacerlo, ya que era muy difícil tener que enfrentar ese recuerdo sumado a la ausencia de condiciones para retornar. Entonces empezamos todo un trabajo de conversar, de reunirnos, de ver qué hacíamos... A la gente que quedó en Quibdó nadie le paraba bolas. Nos reuníamos por ahí en una casa de la hermana Úrsula, una casa que había en La Segunda. Ahí había un garaje y nos prestaban eso. Nos reuníamos a ver qué podíamos hacer para visibilizar a la gente de Bojayá que no retornó. Nos enfrentábamos a una actitud del Estado de negar esa realidad y decir ‘No, ya Bojayá retornó, la gente está en Bojayá’. Se redirecciona toda la oferta institucional hacia Bojayá, dejando de lado totalmente lo de Quibdó. Eso fue muy fuerte ”



ADOM

De la necesidad de hacer visibles a los bojayaseños que se quedaron en Quibdó nace el Subcomité 2 de mayo. Inicialmente fue un subgrupo del Comité 2 de mayo, que se había conformado en Bellavista como instancia comunitaria para la interlocución con el Estado en todo el proceso de reubicación del pueblo. Delis fue convocada por sus paisanos en Quibdó para hacer parte de la junta directiva del subcomité que, posteriormente, en el año 2006, se convertiría en Asociación de Desplazados 2 de mayo (ADOM).

“Resulta que en Quibdó nos encontramos con que no solamente nosotros habíamos vivido esa situación tan fuerte. También nos encontramos con la gente desplazada del Bajo Atrato y gente de aquí mismo de Bojayá que había sido desplazada en los años 97 y 2000... Antes de la masacre... Entonces nos encontramos y lo que hicimos fue tratar de articular trabajo, porque teníamos la misma problemática: ¿Cómo realizamos acciones para exigir los derechos de la población desplazada? De todas formas, ya estaba ADACHO, Asociación de desplazados del Chocó. De ahí surgen otras organizaciones, y comenzamos a trabajar en conjunto. Hicimos varias cosas. Todo el tema de la política pública, el Plan Integral Único de Población Desplazada, la caracterización de población desplazada”.

Su espíritu de liderazgo se avivó de nuevo. Y hoy reconoce ese momento como una fuerza terapéutica que le ayudó a seguir con su proceso de sanación. El hecho de acompañar los procesos organizativos y de aprender con otros de las experiencias vividas en medio de la guerra en el Chocó, trajo al presente su inquietud sobre la vida del pueblo negro “Me inquietaba mucho todo el tema internacional, por ejemplo, el tema del Apartheid, África.. Y entonces yo empecé a investigar, a leer mucho... A Mandela, a Gandhi, a Luther King, a Malcolm X, a Rosa Parks... Y así... Yo empecé a hacer todo ese trabajo. Y empiezo a reconocer el tema de Chocó, de Colombia, del Pacífico, y cómo es que los negros se organizan en toda esa lucha, en todo ese trabajo. Empecé a conversar con algunas personas que conocían del proceso. Y cómo se daba la Ley 70. Y empecé a apasionarme fuertemente por el tema. Y es allí cuando, si bien seguía con el tema de víctimas, empecé a ponerle énfasis a lo étnico”.

“Delis fue convocada por sus paisanos en Quibdó para hacer parte de la junta directiva del subcomité que, posteriormente, en el año 2006, se convertiría en Asociación de Desplazados 2 de mayo (ADOM)”.



Ser sobreviviente: dar testimonio, moverse por el mundo

“Luego, en 2007, en la medida en que me empecé a recuperar, siento la necesidad de moverme. El tema de Bojayá empezó a tener mucha fuerza... Nosotros trabajamos mucho el tema de los desplazados y de las víctimas sobrevivientes. Y en ese sentido empiezan a convocarnos. Mucha gente a querer saber lo que había pasado en Bojayá. Y ahí empecé a viajar por el mundo. Visité varios países contando un poco lo que había pasado”.

El trabajo articulado siempre fue una clave en la trayectoria de Delis. En la coyuntura política de la Ley de Justicia y Paz y la desmovilización de los paramilitares, las mujeres del Chocó trabajaron unidas para hacer evidente el impacto de esa ley en las víctimas del conflicto armado. En 2006, Delis pudo viajar a Estados Unidos gracias a la Ruta Pacífica de las mujeres. Posteriormente viajó a España, invitada por una fundación con motivo de la conmemoración de los treinta años del feminismo. Fue toda la experiencia de contar qué era lo que había pasado “La gente empezó a verme como el ícono. Pues claro... Sobrevivió... Me convertí como en símbolo de las víctimas de esa masacre”. Luego vinieron destinos como Canadá, Noruega y Uganda, que marcó su vida y su identidad.

“En todo este proceso, decido formar parte de un proyecto político en construcción, llamado Los Palenques, organización étnica de comunidades negras desde donde planteamos una reestructuración del Estado a partir de la diversidad étnica y cultural de la nación. Desde ahí empecé a trabajar, a investigar, a involucrarme en las reivindicaciones étnicas. Además, vi la oportunidad de terminar la universidad, ese programa a distancia que había parado por el bloqueo paramilitar del río Atrato, en 2002. Lo retomo y termino con la Universidad Luis Amigó a distancia. En 2007 me gradué como teóloga”.



El exilio y los ciclos perversos del conflicto armado

Instrumentalizar el dolor vivido y mostrar al Estado como el salvador de un pueblo ha sido una práctica que la gente de Bojayá ha tenido que enfrentar de muchas formas. No fue la excepción en el Congreso de Víctimas del Terrorismo durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez. Un congreso que, detrás del concepto de terrorismo, propuso visibilizar a unas víctimas para ocultar a otras. Bojayá fue invitada a este congreso queriendo ser presentado como un caso emblemático del horror cometido por las FARC-EP. Pero sus delegados, y entre ellos Delis Palacios, no se quedaron callados frente al discurso del Estado como salvador, inversor y cumplidor de unas deudas con las víctimas de Bojayá, mientras se trataba de ocultar lo que realmente vivía la gente en el territorio “El entonces presidente Uribe y el funcionario de Acción Social hablaban y hablaban de Bojayá y mostraban y mostraban al pueblo. Era una imagen y otra imagen.... Y claro, mis compañeros decían ‘¿Pero de qué Bojayá hablan? No. Es que eso no es así’”.

El grito de Delis en el momento fue claro:

“Qué pena, con todo respeto, lo que usted está diciendo, señor presidente, y lo que usted está diciendo, Alfonso Hoyos, que así se llamaba el director de Acción social... Qué pena con ustedes y con el público, pero eso no es así, ¡eso no es así! Y ahí mismo logramos tomar el micrófono y contar la realidad de Bojayá, aprovechamos que el evento se estaba transmitiendo en vivo. Uribe se puso blanco. Y el caso es que yo, desde esa vez, empecé a tener dificultades de seguridad”.

“Después de eso ya nadie me quería invitar a ninguna parte. Si me invitaban fuera del país, a mí no me daban la visa. Me la negaban. Y empezó todo un problema. Empezó toda una dificultad. En 2007 comienzan a aparecer panfletos en la oficina de ADOM. En el correo aparecían panfletos colectivos”. Esas amenazas y el sentimiento de inseguridad afectaron no solo la vida de Delis, sino también la de todo un colectivo. Con este tipo de amenazas, los procesos organizativos se fracturan. A partir de entonces creció la desconfianza, y la gente empezó a sentir mucho miedo. Quibdó se volvió el nuevo sitio del accionar de muchos grupos armados, y las víctimas de desplazamiento forzado empezaron a sentir cómo la guerra de la que habían huido se instalaba ahora en la ciudad. En esa época mataron al hijo de Juana Mosquera, otra de las grandes lideresas de ADOM, y empezaron a asesinar a los jóvenes, muchos de ellos hijos de personas que habían llegado a la ciudad como desplazados, personas que han tenido que enterrar a sus hijos asesinados en la violencia que vive la capital chochoana y donde, al igual que en Bojayá, no se garantizan las condiciones para que esas familias puedan recomponer sus proyectos de vida. Los jóvenes hoy son las principales víctimas quedando a la suerte de esas nuevas violencias.

“Nosotros antes de todo eso habíamos hecho un derecho de petición y pedido a la Diócesis que nos acompañara firmándolo. Allí denunciábamos toda la situación que estaba pasando con recursos asignados a través de subsidios de vivienda para los desplazados. En Quibdó, por ejemplo, se habían hecho unas casas para familias de desplazados, beneficiarios de un subsidio. Pero eran en realidad los paramilitares que decidían quienes vivían allí y no los dueños de la casa. Así que desde ADOM decidimos denunciar en Bogotá ante organismos competentes. De todas formas, la Diócesis, el director de Pastoral Social, firmó conmigo. Pero empecé a tener demasiados problemas, y créeme que finalmente la cosa se puso tan difícil que me buscaron en mi casa, en la oficina de la organización y otros lugares para matarme. Ahí me tuvieron que poner escolta y no pude regresar más al Chocó en ese tiempo. En realidad, me quedé, pero sin salir. Escondida en un sótano. O sea, una cosa terrible, sin teléfono, sin internet... La situación era tan fuerte que no podía hablar con nadie.

2012 fue un año terrible. La zozobra, el miedo y tanta cosa que se decía ‘La buscan aquí, la buscan allá’, que mire que cargan una foto, que la tienen en un listado, que encabeza la lista que tienen las Águilas Negras, que los Rastrojos, que no sé qué. Una cosa tremenda. Ni siquiera pude regresar al Chocó por un tiempo hasta que la cosa se calmó un poco. Así que cuando sentí que ya me estaba recuperando, vino ese nuevo dolor: el tener que dejar nuevamente a mi gente, el proceso con las víctimas, y a mi familia”.



Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá: apuestas por la paz

2012 fue un año contradictorio para Delis. Mientras en muchos lugares se recrudece la guerra y la persecución a líderes sociales, en La Habana se instalan los diálogos de Paz entre el Gobierno colombiano y la guerrilla de las FARC-EP. El final de ese año fue una luz de esperanza para quienes a pesar de haber vivido de la forma más cruda la guerra o, tal vez, justamente porque la han sentido en cada fibra de su existencia, le apuestan a la paz y hacen de ella una nueva bandera de lucha, que se articula a su vez a las luchas anti racistas y feministas por la defensa de la vida y el territorio. Así lo muestra la trayectoria de vida de Delis.

Para la gente de Bojayá, los diálogos de La Habana marcaron varios giros en sus luchas. Tal vez uno de los más importantes fue el giro en las estrategias organizativas propias, en la necesidad de articular el trabajo de varias organizaciones locales para defender y visibilizar los derechos de las víctimas del municipio en el horizonte de la paz. En 2014, cuando se empieza a trabajar el tema de las víctimas en La Habana, los representantes de las FARC-EP dijeron “Queremos pedirles perdón a las víctimas y queremos empezar con Bojayá”.

“Inicialmente nosotros vamos siete personas a Cuba a escuchar lo que querían, con la intención de transmitirlo luego a nuestros hermanos en el municipio. Fuimos Leyner Palacios, José de la Cruz Valencia, Elizabeth Alvarez (Lucero), María Pascuala Palacios, Rosmira Salas, Plácido Bailarín y yo. Después de escuchar a las FARC leímos un documento que se había construido con las comunidades, donde prácticamente denunciábamos todos los hechos pasados e incluso los que seguíamos viviendo en el territorio, a raíz de su presencia y su control”.

“Para la gente de Bojayá, los diálogos de la Habana marcaron varios giros en sus luchas. Tal vez uno de los más importantes fue el giro en las estrategias organizativas propias”.





“Era la primera vez en la vida que yo me encontraba cara a cara con las FARC. Ni siquiera había tenido la oportunidad de verme con ellos después de la masacre. Y fue muy duro. Porque, por momentos, como que seguía viendo a esa gente fuerte, hablando duro, todavía con ese discurso armado. Pero también hubo momentos en que uno podía ver a esos hombres con ese discurso ideológico y político y se sentía una contradicción. En algún instante yo decía ‘Pero no entiendo, yo estoy viendo a unos hombres estructurados aquí, ¿cómo fueron ellos los que hicieron tanto daño?’. En La Habana, mejor dicho, también pude ver a los seres humanos. Ahí no estaba viendo solo a los hombres armados. Sino que también pude ver la sensibilidad de ellos, la humanidad. Pude ver cómo muchos de ellos lloraron, temblaron.

A Cuba fuimos con dos claridades: no éramos nosotros quienes debíamos perdonar ni se trataba de hacer un show mediático. Teníamos, ante todo, muchas preguntas que hacer. Queríamos escuchar lo que ellos tenían para decir y saber, entre otras cosas, si eran ciertos los rumores, y había sobrevivientes de la masacre en poder de las FARC. Se rumoraba por ejemplo sobre el hermano de mi mamá, Mochito, y también de su hermano, el tío Emiliano. De mi tío ellos dijeron ‘No, no tenemos a nadie, créannos, no hay ninguna persona que haya sobrevivido a la que tengamos nosotros’. También miramos el tema de otros muchachos de los que queríamos saber, por petición de sus familias, pues habían sido reclutados por ellos.

Para el perdón, nosotros teníamos claro que lo primero era esperar y ver qué decía la comunidad. A partir de lo que dijera el pueblo ahí entonces se decidía. Al final... No al comienzo. Sabíamos que no habíamos ido a Cuba a un show. Es más, en un momento dije ‘Yo acá no vine a perdonar a nadie ni represento a nadie’. Porque eso es lo otro. Cuando estamos hablando del perdón. Y el perdón no es una cosa que tú me pidas a mí, que me obligues. Es que no se pide, eso no se exige, es un tema donde cada uno, de manera interior, reflexiona. Entonces, usamos la palabra condicionar. No sé de dónde la sacamos, se nos ocurrió, pero era eso, condicionar, condicionar el perdón a varias cosas. Porque seguíamos viviendo la guerra en el territorio. Así que una de las condiciones fuertes fue que si se hacía un acto de perdón, se debía hacer en Bojayá, allá mismo donde hicieron el daño. Allá debían de ir y decirles directamente a las víctimas. Y por eso les dijimos ‘Vamos a hacer una especie de consulta, haciendo un recorrido en la comunidad y vamos a contarles lo que ustedes están diciendo, vamos a llevar el mensaje, y si la gente decide que sí, pues entonces lo hacemos, pero bajo las condiciones que la gente ponga’”.

La claridad de Delis y de la gente del Comité sobre la necesidad de realizar un acto a partir de la consulta con las comunidades, en lugar de un acto simbólico con unos pocos representantes, tiene que ver con la importancia de reconocer todas las voces y experiencias de un pueblo que fue victimizado de forma masiva. Reconocer esa experiencia implica, por tanto, “no delegar esa vocería a nadie”.

“Ahora me parece que lo más sano y respetuoso es que sea la misma gente la que defina cómo quiere que se lleve su vocería y los acompañamientos. O sea, que si alguien va a tomar la voz por nosotros, sea decidido entre la misma gente, concertado y coordinado entre el mismo pueblo. De ahí nace el Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá.

Ese encuentro en La Habana fue la oportunidad para ver que ellos reconocían su responsabilidad frente a Bojayá. A partir de entonces nosotros iniciamos el recorrido y empezamos a recoger todas las inquietudes de la gente. De ahí salen varias necesidades, entre ellas la de exhumar y entregar a los muertos a sus familias y a la comunidad. Porque lo cierto es que teníamos muchas inquietudes. Se hace una asamblea con la comunidad y se le delegan varias responsabilidades al comité, que en ese momento era de seis personas. Luego creció un poco más y se consolidó en 2015, con la participación de diferentes procesos organizativos del territorio como COCOMACIA, Comité 2 de Mayo, ADOM, Los Palenkes, Actuar, AJUAP, Guayacán y los Cabildos Indígena”.





“Como Comité retomamos el trabajo articulado en tareas como las exhumaciones y la posibilidad de identificar plenamente a nuestros muertos. Otra tarea era todo el trabajo con relación a la paz y la reconciliación, el lugar de la memoria, el sendero de la memoria, el tema de la salud de los lesionados y la reparación colectiva. Hoy el Comité es eso, la articulación de diferentes procesos organizativos que veníamos promoviendo una exigibilidad y una reivindicación de los derechos de las comunidades, algunas étnico-territoriales, otras indígenas y otras de víctimas”.

Delis se reconoce como una lideresa con mucho que aportar a su pueblo. Como mujer, dentro del trabajo organizativo del comité, considera que las mujeres han sido muy importantes en el trabajo por las víctimas en Bojayá. Sin ir más lejos, el Comité y la articulación de varias luchas fue el camino que le permitió a Delis volver a retomar su liderazgo y abrir un camino para seguir sanando las heridas que no había podido sanar, las del alma, así como las relaciones comunitarias, los proyectos de vida rotos y los encuentros con su territorio y con su gente.

“Hoy el Comité es eso, la articulación de diferentes procesos organizativos que veníamos promoviendo una exigibilidad y una reivindicación de los derechos de las comunidades, algunas étnico-territoriales, otras indígenas y otras de víctimas”.

Exhumar: abrir heridas para retomar el duelo

“Este proceso ha sido muy traumático. El dolor ha sido mucho. Pero también ha sido sanador. A mí de verdad me sirvió estar en el cementerio en mayo de 2017 desenterrando nuestros muertos. En su momento estuve muy mal, pero de todas maneras seguí haciendo el proceso, a pesar de que mis compañeros y la demás gente quería sacarme del cementerio, pues sentían que estaba siendo muy difícil para mí. Pero yo dije ‘No, si no me morí del dolor en la masacre, menos me voy a morir hoy’, y continué.

Para mí fue importante estar en el cementerio en el momento de la exhumación. Yo me aparté del celular, me aparté de mi familia y en un mes no me comuniqué ni siquiera con mi hija. Como quien dice, no estaba para nadie. Y es que era la primera vez. La primera vez que nosotros teníamos la oportunidad de reencontrarnos con nuestros muertos. Sabíamos que habían muerto, pero ni siquiera los habíamos visto. Así que por vez primera los teníamos frente a nosotros en una bolsa, en un paquete. Una cosa que para la cultura nuestra era demasiado fuerte e impactante. Nosotros jamás habíamos imaginado que nos iba a tocar vivir una cosa de esas.

Como el proceso se está haciendo en el marco de una diligencia judicial, existen unos procedimientos establecidos muy rígidos, que no están adecuados para entender todo el tema cultural, étnico y ancestral. Pero nosotros logramos concertar y, de alguna manera, sensibilizar a la Fiscalía y a Medicina Legal en torno a cómo se deben abordar este tipo de temas con comunidades como las nuestras. Porque es verdad que hay unos protocolos definidos por parte de esta institucionalidad, pero cuando estamos hablando de un pueblo con una autonomía definida, con unas costumbres particulares y distintas al resto de la nación, es necesario que esa institucionalidad se adecúe a ese querer, a esa costumbre y a ese requerimiento. Ese fue un gran logro para poder realizar un proceso que ayudara a sanar y empezar a reparar esos daños.



Si nosotros no hubiéramos logrado esa sensibilidad, habría sido un proceso demasiado traumático. Ese mensaje se lo podemos dejar nosotros como bojayaseños al resto de los pueblos que en este tiempo se van a enfrentar a las mismas situaciones. Sí se puede. Sí se pueden modificar estos formatos y estos protocolos establecidos. Sí se puede incorporar lo propio de los pueblos, de sus costumbres. Nosotros logramos articular además a los psicólogos de la Unidad de Víctimas con los sabedores nuestros, tanto negros como indígenas y, a partir de allí, hacer la intervención y el acompañamiento de las familias. Para eso fue necesario trabajar con el saber espiritual, para lograr una armonización y poder adecuar el territorio para la intervención. Debe reconocerse que el territorio ha sido violentado con la guerra de distintas maneras, de modo que es importante el hecho de que estos sabedores pudieran armonizar y ponerlo en sintonía. Había que pedir permiso para que nos permitieran a nosotros intervenir.

Esto ha sido una experiencia muy dura, muy fuerte, muy dolorosa, pero al mismo tiempo sanadora y que, de alguna manera, nos ha ido preparando a las familias y a todos para ese duelo que aún no hemos realizado. Para todo ese proceso de ritual que debe hacerse en la etapa final. Ahora debemos preparar el rito final, el velorio y el entierro colectivo. Un momento que será fundamental para nosotros como pueblo”.

“ Yo quiero seguir trabajando por mi pueblo. Porque está clarísimo que el trabajo articulado, el trabajo en grupo es el que nos da la fuerza para avanzar y lograr las transformaciones que requerimos como pueblo ”





Cuando Delis habla de su presente sabe que para lograr esos sueños, suspendidos por mucho tiempo, es necesario seguir trabajando como colectivo. Sin embargo, en este presente la invaden dos sentimientos: el de la certeza y el de la incertidumbre. Certeza de que “lo que se ha hecho hasta el momento todavía no es suficiente”. Y esa es tal vez la principal motivación para seguir trabajando, luchando y articulando apuestas. Está convencida de la necesidad de sumar al trabajo por los derechos de las víctimas las demandas de las comunidades étnicas. Estas reivindicaciones tienen que reconocer lo que la guerra ha generado en las comunidades, pero, al mismo tiempo, las víctimas se deben articular a esas reivindicaciones. Para esto Delis sabe que debe seguir una vida en movimiento: Bogotá, Quibdó, Medellín, Bellavista y el Atrato seguirán siendo los lugares desde donde se emprendan muchas acciones. Hasta ahora quedarse en un solo lugar ha sido imposible. Moverse, en cambio, ha sido una estrategia para protegerse.

La incertidumbre, el otro sentimiento al hablar del presente, tiene que ver con las expectativas sobre el futuro de la paz: la posibilidad de una verdadera participación de las víctimas en la construcción del país de la transición política, ver a su pueblo bojayaseño reconstruyendo proyectos colectivos, planes de etnodesarrollo, de vida y poder cerrar duelos que permitan imaginar otros presentes y futuros. Sin FARC-EP, sin ELN, sin paramilitares, ni Urabeños, ni Autodefensas Gaitanistas, sin explotadores ni usurpadores que quieran apoderarse de sus territorios y recursos. En definitiva, con oportunidades para hacer y llevar la vida según la propia imaginación.

Las curules para las víctimas es un sueño que empezó a desvanecerse con la afrenta vivida por los acuerdos de paz en los dos últimos años, debido a los intereses de los partidos políticos y al poder imperante en este país. Sin embargo, el sueño y la proyección como lideresa continúa “Mi proyección está allí. Estoy lista para ayudar a construir un proyecto político. Aportaré lo que me corresponde en caso de ser la persona escogida por las comunidades. De lo contrario, igualmente debemos construir una propuesta que oriente y direcciona el quehacer político de nuestras comunidades. Aspiro a ser representante a la Cámara y ser algún día alcaldesa de mi municipio Bojayá”.



“ Bojayá es un territorio riquísimo. Tiene todo para que su pueblo viva a partir de lo que tiene. Simplemente necesitamos que la administración oriente y dirija esa riqueza. Ese es el trabajo que debemos seguir haciendo, el trabajo comunitario, a pesar de las dificultades que estamos enfrentando ”



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá



Fundación
Universidad
de Antioquia



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**



